

Un niño en el Tercer Reich



Joseph Ratzinger nació el Sábado Santo de 1927 en Marktl (Baviera), una pequeña localidad de apenas mil habitantes. Era 16 de abril y su madre, **Maria**, dio a luz en su casa, algo habitual en aquellos tiempos. Fue bautizado ese mismo día con el nombre de **Joseph Aloisius** en la parroquia de San Osvaldo.

Joseph era el menor de tres hermanos, precedido por **Georg** y **Maria**. Su padre, también llamado **Joseph**, era oficial de policía y provenía de una modesta familia de agricultores. Su madre era hija de artesanos, y antes de casarse había sido cocinera.

Pasó su infancia entre Tittmoning y Aschau am Inn. En 1932 comenzó a ir a la escuela primaria de esta última localidad mientras el nazismo alcanzaba el poder. A los diez años se trasladó a Traunstein, población a treinta kilómetros de Salzburgo (Austria), lugar de nacimiento de **Mozart**. En ese ambiente cultural descubrió su amor por la música y las lenguas clásicas. Sin embargo, era mal deportista. Esta torpeza, según contó con humor años más tarde, “fortaleció la paciencia de mis compañeros de clase”.

Animado por su párroco entró en el seminario menor a los doce años. Su adolescencia no fue fácil, ya que el nacionalsocialismo dominaba Alemania. Pese al fuerte sentimiento antinazi de su familia, el joven seminarista no pudo evitar ser inscrito en las Juventudes Hitlerianas, obligación legal para nueve millones de jóvenes. Ese mismo año, y víctima de las campañas eugenésicas, los nazis asesinaron a uno de sus primos por tener síndrome de Down. Tenía la misma edad que **Joseph** y su muerte le marcó para siempre.

En 1943 se le reclutó como auxiliar de las defensas antiaéreas en la fábrica de automóviles de BMW en Múnich, donde recibió instrucción. En 1944 estuvo destinado en Hungría y más tarde en una unidad antitanques en Austria, si bien su principal cometido fue cavar trincheras. No llegó a participar en ningún combate.



Desertó antes de terminar la guerra e intentó volver a Baviera, pero lo capturaron los aliados y pasó a ser un “prisionero de guerra” (PoW). Ese estatus era diferente al de “soldado enemigo desarmado” (EDF), que se reservaba a los militares. Gracias a esto, **Joseph Ratzinger** fue liberado seis semanas después de la rendición alemana, mientras que los excombatientes permanecieron retenidos hasta 1950 e incluso se

deportó a EE.UU a miles de ellos. En noviembre de 1945 volvió con su hermano **Georg** al seminario de San Miguel, derruido por los bombardeos. Durante muchos meses su único trabajo consistió en reconstruirlo.

De 1946 a 1951 **Joseph Ratzinger** estudió Filosofía y Teología en las universidades de Freising y Ludwig-Maximilian (Múnich). Además de autores católicos, como **San Agustín**, **John Henry Newman** o **Romano Guardini**, le influyeron los filósofos existencialistas **Jaspers** y **Heidegger** y los escritores **Dostoyevski** y **Gertrud von le Fort**.

Pronto se ordenaría sacerdote, que era la meta de su juventud y el comienzo de su vida adulta. 

El defensor de la fe



El 25 de marzo de 1977, **Pablo VI** ordenó a **Joseph Ratzinger** arzobispo de Múnich y Freising. Tenía 49 años. Después de casi un siglo se convirtió en el primer sacerdote secular al frente de la gran diócesis bávara que, con dos millones de fieles, era la segunda de Alemania.

Eligió como lema episcopal “Colaborador de la verdad” y explicó las razones: “Por un lado, me parecía que expresaba la relación entre mi tarea previa como profesor y mi nueva misión. Aunque de diferentes modos, lo que estaba y seguía estando en juego era permanecer al servicio de la verdad. Y, por otro, escogí este lema porque en el mundo de hoy la verdad es acallada casi totalmente; pues se presenta como algo demasiado grande para el hombre. Sin embargo, si falta la verdad todo se desmorona”.

Apenas cuatro meses más tarde, **Pablo VI** lo creó cardenal. Por tanto, vivió el llamado “Verano de los tres Papas”: la muerte de **Pablo VI**; la elección y fallecimiento de **Juan Pablo I** y el nombramiento de **Juan Pablo II**. Su amistad con **Karol Wojtyła**, al que ya conocía, aumentó durante los dos primeros años de pontificado. Pese a tener caracteres y trayectorias distintas, se entendieron a la perfección: ambos querían enseñar y defender la fe.

Juan Pablo II lo eligió en 1981 como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cargo de importancia vital para la Iglesia. Habían pasado dieciséis años desde el final del Concilio y la crisis interna era profunda. La elección de **Juan Pablo II** había sido, por su juventud y carisma, un soplo de aire fresco para los católicos, pero también origen de fuertes críticas en los ambientes más secularizados.

La doctrina católica estaba muy cuestionada y la misión del prefecto **Ratzinger** era reafirmarla. En especial en temas controvertidos como la Teología de la Liberación, la moral sexual, la desobediencia a la autoridad eclesial o la Teología de las religiones.

La década de 1980 fue de grandes dificultades. Un sector eclesial defendía la libre interpretación del Magisterio. Otros querían un acercamiento al marxismo. Un tercer grupo proponía un confuso sincretismo disfrazado de ecumenismo o creaba asambleas de “cristianos de base” entregadas al marxismo.

Ratzinger intentó reconducir esas situaciones explosivas, en especial con teólogos rebeldes (**Küng**, **Boff**, **Balasuriya** o **Du-puis**), pero sus decisiones tuvieron amplia repercusión en los medios. Había pasado de ser un semidesconocido profesor de Teología a convertirse en el “Panzer Kardinal” (en alusión a los blindados alemanes) por su defensa de la fe, que para muchos era intransigencia e insensibilidad.

En esa década se agravó el descenso de vocaciones religiosas, apenas mitigadas por los nuevos movimientos eclesiales. Eran tiempos en los que **Juan Pablo II** criticaba con dureza el neopaganismo de Occidente, especialmente acusado en Europa, así como los abusos del capitalismo liberal y el comunismo.



Ratzinger (en la fotografía con el filósofo marxista **Jürgen Habermas**) expuso entonces las líneas maestras de su pensamiento en el libro *Informe sobre la fe*, escrito por **Vittorio Messori** a partir de una entrevista realizada al cardenal en 1984. En ese texto criticó el caos posconciliar y la fragilidad de muchos teólogos y sacerdotes que se apuntaban a todo

lo novedoso por inconsistente que fuera. Asimismo, se mostró preocupado por un relativismo en ascenso, sobre todo en Europa: “Si se renuncia a la verdad acerca del hombre, se renuncia a su libertad”.

Combatió también la identificación del compromiso social cristiano con las revoluciones comunistas latinoamericanas. En especial, los postulados más radicales de la Teología de la Liberación, nacida como respuesta a las atroces diferencias sociales del Tercer Mundo. “La redención no puede alcanzarse a través del compromiso político y mucho menos con la violencia”.

También criticó la unión del cristianismo con políticas conservadoras. Su mensaje fue muy claro: sólo la doctrina social de la Iglesia puede superar las estructuras sociopolíticas que perpetúan la pobreza. No sólo las comunistas, sino también las capitalistas. En síntesis, la fe cristiana es incompatible con la adhesión a sistemas de dominación y opresión, ya fueran liberales o marxistas.

Especialmente trascendente fue el encargo pontificio de 1985 para redactar un nuevo *Catecismo de la Iglesia católica* junto a doce cardenales y obispos. Publicado en 1992, presentaba la fe y la doctrina católica con referencias claras a los documentos conciliares. Basado en el esquema del catecismo mayor de **San Pío V**, también se estableció como un referente para la redacción de los catecismos de la Iglesias locales.

En las encíclicas de **Juan Pablo II** puede intuirse la mano del cardenal bávaro. En especial, *Sollicitudo rei socialis* (sobre la cuestión social, 1987); *Veritatis splendor* (sobre la verdad, 1992); *Ut unum sint* (sobre el ecumenismo, 1995); *Fides et Ratio* (las relaciones fe y razón, 1998) y la postrera *Ecclesia de eucharistia* (sobre cómo la Iglesia vive de la eucaristía, 2003).

Con el fallecimiento de **Juan Pablo II** parecía que el tiempo del cardenal **Ratzinger** en la Santa Sede tocaba a su fin. Sin embargo, el Espíritu Santo tenía otros planes para él... con el nombre de **Benedicto XVI**. **RE**